

LA VISIÓN DE LA CULTURA DESDE LAS LETRAS

Edmundo Torrejón Jurado

Parecería que desde sus albores Tarija ha enaltecido en su seno el ritmo elegante del lenguaje. Portaría ese don desde sus ancestros primigenios. Hacia inicios del 1600, a poco de fundada la Villa de San Bernardo de la Frontera, el cronista Osorio aludía así al idioma de nuestra tradición Churumata: “He descubierto entre estas naciones que están sobre el río del Guadalquivir, una lengua que compite con la Latina en la elegancia, de muy fácil pronunciación fuera de ser muy copiosa. Me ha espantado que lengua tan noble se halle entre gente tan elemental...”

Ya luego del cataclismo, del mezclar de las sangres genuinas con la epopeya cervantina, germina ese tradicional patio andaluz con matices chapacos, enmarcando la magnificencia del noble castellano arcaico, engalanado con la elegancia de mágicas voces americanas. Y de manera casi magistral sobreviene el prolongar la distancia entre el vocablo y el objeto, obligando al lenguaje a convertirse en metáfora.

Y es que Tarija misma es una metáfora. Una prestidigitadora que ama el poder esotérico de la palabra. La gama infinita que va desde el coplero anónimo, sembrador de madrugadas, hasta la maestría excelsa de Octavio Campero Echazú, Oscar González Alfaro y Edmundo Torrejón Cardoso, así lo testimonian. Víctor Varas Reyes, dársena obligada para quien quiera recalcar en las veras de la tradición tarijeña, en su medular obra *El Castellano Popular en Tarija*, sostenía: “El empleo del habla oficial de un país o de una raza, sometido a reglas fijas e intransigentes, resulta privilegio de escogidos, de favoritos de la cultura en reducida cantidad. Cuando la expresión abarca al pueblo, entonces sí que constituye el verdadero enlace común, como el que produce la circulación de la sangre al mantener con su movimiento la existencia del organismo entero”.

La estética de las letras, en su concepción gráfica de comunicación literaria, comprometerá siempre a tres actantes: el autor, la obra y el lector; dicho en otros términos: un proceso dialéctico donde el movimiento entre producción y recepción pasará siempre a través de una adecuada difusión literaria. En esta forma, la noción de recepción se entiende en un doble sentido que se extenderá

a la vez, a la acogida y al intercambio. Por otra parte, la noción de estética literaria, más que como ciencia de lo bello, pragmáticamente debería responder al interrogante, hoy por hoy un tanto descuidado: ¿Cómo llegar a saber algo sobre el arte literario a través de la experiencia del arte mismo, del estudio histórico de la práctica estética de las letras, práctica que por intermedio de las actividades productoras, receptoras y comunicativas constituye la base de todas las manifestaciones del arte del lenguaje escrito?

En los años sesenta se trató de transformar la cultura literaria de acuerdo con el modelo de las ciencias nomológicas, o sea, enmarcada en un método descriptivo y formalizante “más allá de la interpretación”. En oposición a esa tendencia que todavía prevalece, la estética de la recepción hace una profesión de fe hermenéutica y se sitúa en el campo de las ciencias del sentido. Esto exigirá que el intérprete busque ampliar su aproximación subjetiva, y tienda a reconocer el horizonte ilimitado del mensaje del autor tomado en el sentido del momento histórico que lo justifica. Esta reflexión fundamenta una hermenéutica que abre el diálogo entre el presente y el pasado, y que integra la nueva interpretación en la serie histórica de las concreciones del sentido literario, vale decir: la comprensión, la interpretación y la aplicación posterior, si el hecho de las letras así lo condiciona o amerita.

El hombre, entendido como persona, sólo se siente colmado en medio de experiencias estéticas, morales o religiosas. En dichas experiencias, advierte que su mundo de realizaciones desciende —en ocasiones— hasta lo más imperfecto, levantándolo luego y sosteniéndolo, en una plenitud que, quien sabe, la existencia real a veces le rehúsa. La evolución de la historia, es decir, de la cultura misma, corresponde a las distintas fases del desarrollo individual del hombre. La cultura literaria emerge de la liberación de ciertas limitaciones que la existencia humana padece desde dentro de ella misma, vale decir: en primer término, la existencia del hombre está determinada por su obligada operosidad. No la contemplación, sino la acción dominan su vida, y cuando éstas —la vida y la acción— pretenden prolongarse en mensajes y conocimientos, surge el hecho literario.

En segundo lugar, y esta es la característica óptica esencial del hombre, la existencia humana es finita, pero ultimada. El tránsito final sorprende al ser humano en estado de inacabamiento. Tal vez por este hecho irrefutable, Shelley, poco antes de morir, dictaminaba que todos los poemas del pasado, del presente y del porvenir eran episodios o fragmentos de un solo poema infinito, erigido por todos los poetas del orbe.

Por último, en sus relaciones recíprocas, los hombres están dominados por lo que Kant llama “insociable sociabilidad”. El ser humano constituye sociedades, es cierto, pero éstas se hallan constantemente amenazadas por el riesgo de su quiebra, ya que el egoísmo de la posesión, característico del “homo faber”, no sólo se aplica a la naturaleza, sino y primordialmente, a los demás hombres. Cuántas de las grandes y profundas obras literarias de la historia son mensajes de esta verdad, de sus causas y consecuencias. Ya Pokrovski, en 1941, sostenía: “Es completamente natural que la historia de la literatura apareciera como el aspecto más completo de la historia de la cultura. Se veía en la literatura ni más ni menos que el reflejo del propio *espíritu popular*, haciendo caso omiso de la circunstancia de que un buen porcentaje del pueblo no supiera leer ni escribir”.

Esta consideración se agrava más en los momentos presentes, en que, con la imposición de la informática y la electrónica, ha sentado sus bases ya el ciberarte. Con la imagen virtual el actuante puede transmigrarse de pronto, si así lo desea y posee los medios, en *El Quijote* de Cervantes o en *El Pájaro Revolucionario* de Gonzáles Alfaro.

Para Rosental y Iudin: “Cultura es el conjunto de bienes materiales y espirituales creados por el hombre a través de la práctica histórico-social del trabajo” Como sostiene Zavaleta Meneses, “la importancia de esta definición está en que destaca que toda cultura es una realización del hombre social, del hombre en comunidad”. No hay, no existe ni existirá cultura alguna sin el hombre, aunque tampoco existirá —como que no existe— ningún hombre sin cultura. Es el hombre quien hace la cultura y al hacerla también se construye a sí mismo. A su vez, Luis Campos Martínez sostiene: “Cultura es el sistema integrado de las normas de cultura aprendidas, características del modo de vida peculiar de un grupo social. Es exclusivamente un fenómeno humano que sólo existe gracias y mediante la comunicación simbólica del lenguaje oral o escrito”.

En la base o en el fondo de toda cultura está siempre la lengua. No hay grupo humano, por pequeño y atrasado que sea, que no tenga un lenguaje como medio social de comunicación. Sin el lenguaje, sociedad y cultura serían inexistentes. Pero es verdad también que cultura

y lenguaje no se heredan biológicamente, por eso Ralph Linton los ubica en los planos de la herencia social, pues todo lenguaje y toda cultura suponen un largo aprendizaje. Cada grupo humano es portador de una cultura y ninguna se transmite ni conserva sin el lenguaje, como sostiene Biancucci: “El lenguaje es un vehículo de la cultura, y a su vez, la cultura forja el lenguaje”.

Toda lengua es un sistema de signos orales o escritos que permite comunicar, recibir, intercambiar experiencias, sincronizar modelos de trabajo, perfeccionar y transmitir técnicas, pensamientos, creencias, conocimientos, de unos seres humanos a otros. El lenguaje es una necesidad ineludible de los hombres. Para Zavaleta Meneses, “por el lenguaje oral o escrito perpetúanse las experiencias y las habilidades del hombre. Se hace eterno el pensamiento y por él se proyecta hacia el futuro rompiendo las barreras del tiempo que lo sepulta todo. Por él se mantienen vivas las ideas del pasado, vivos los conocimientos acumulados por las generaciones. Vivas las conquistas de la técnica y de la ciencia, listas para ser perfeccionadas y renovadas. Todo presente se construye siempre con los materiales del pasado, así como el futuro se construirá con las aportaciones del presente sobre el pasado”.

Es indudable que nuestro manantial literario particular surge del encuentro apoteósico de las razas Hispana, Tomata, Churumata y Chiriguana, con el aditamento quechua que figura en varios de nuestros modismos. En Tarija se cumple, como en pocas latitudes de nuestro continente, el concepto de Enrique de Gandia: “El choque de españoles y autóctonos no debe ser estudiado desde el punto de vista jurídico, porque el conocimiento de las Leyes de Indias no es el conocimiento real de la vida que en el primer momento de la conquista llevaron conquistadores y naturales. La investigación debe ser directa y puramente histórica para que dé una vista exacta del asombro y del amor que unieron a españoles e indígenas en tierras de América”. Cuando los castellanos empezaron a ponerse en contacto con nuestros antepasados autóctonos, la atracción sexual no tardó en crear los primeros hogares hispano-indígenas. Ningún prejuicio se oponía a estas uniones. La religión cristiana enseñaba que todos los seres tienen un alma y son iguales a Dios.

Nuestra cultura literaria tradicional está emparentada indudablemente con la cultura del gran Siglo de Oro ibérico; el dejo profundo de nuestros romanceros y coplas cinceladas con el buril del arcaico español, así lo testimonian. Tal vez el Guadalquivir, el Pilcomayo o el Bermejo no puedan responder al interrogante del por qué Tarija —habiendo dado tantos y tan buenos poetas y cuentistas— no haya producido novelistas ni autores de teatro. ¿Será porque en sus riberas no han acontecido grandes eclosiones sociales y conflictos, excepto el de la

Guerra del Chaco? De cualquier modo, cualquiera que sea el género literario pergeñado por nuestros escritores, estos se enfrentan en la actualidad con tres problemas severos.

El primero, el de que el hombre contemporáneo no sabe — ¿o no puede?— vivir poéticamente, ni siquiera los que se dicen o hacen llamar poetas. Justifican su desdicha con el pretexto de las “necesidades prácticas”, de los “problemas económicos” o de las “exigencias de la vida”. Sin advertir, como decía Moravia, “que para huir del hastío y la inedia, la poesía es tan de primera necesidad como el pan”.

El segundo es el que Papini llamaba “el desahucio de las palabras”: desde hace unos cuantos años va creciendo en el mundo lo que podría llamarse odio por la palabra articulada. En las revistas ilustradas o en la televisión las imágenes llevan ventaja sobre el texto. En los medios de difusión radial se oye el mayor tiempo sólo música..

Y el tercer gran problema es la falta casi total de apoyo al escritor para la edición de sus obras, y al lector para el conocimiento de las mismas. En una encuesta realizada por nosotros — como miembros de la Comisión Directiva de la Sociedad de Escritores de Bolivia— era mayor la cantidad de obras inéditas que las publicadas en Bolivia en general, pero sobre todo en Tarija.

En la medida que construyamos literatura, construiremos la patria y la vida misma en función de nuestro futuro. Tal vez el alegato sustancial en este sentido lo encontraremos en la pluma reveladora de Jean Charles Pichón, quien en su obra *El Hombre y los Dioses* sostenía: “Como *Las Mil y Una Noches*, los cuentos no se contentan con profetizar lo posible, sino que tranquilizan y consuelan, la alfombra vuela sobre Bagdad, la Lámpara, la Espada del Soldado, tiene poderes infinitos.” Esta prodigiosa esperanza que alienta en todos los cuentos actúa inmediatamente en el alma del lector, sobre todo si el lector es un niño.

Hoy día ya no se leen... no saben leerlos. ¿Pero cuántas generaciones se alimentaron de ellos? En los cuentos, los niños de antaño aprendían a no temer a la vida, las palabras prudentes y temerosas de los adultos se deslizaban hasta sus espíritus, que animaban las Hadas; y una vez el niño hecho mayor, comprendía todo el sentido de dichas palabras. ¿No era también el recuerdo de los Cuentos lo que consolaba al adulto de la ausencia de los dioses, defendiéndole contra la desesperación? Podía ser plenamente responsable de sus actos, compromisos y obligaciones, sin perder el sentido de lo insólito, de lo bello, de lo maravilloso. Podía pintar, rimar poesías, entusiasmarse con una causa absurda o soñar con una utopía, porque en su interior alentaba un poco de ese sentimiento de que la vida social no es la vida, que la verdadera vida está en otra parte. Así, los Cuentos han

asegurado durante décadas y siglos la permanencia del Espíritu, han sido un puente arrojado por encima de los tiempos de la impostura y del racionalismo.

Y en la medida que estimulemos la artesanía de las letras, haremos que el hombre vuelva a ser Creador y Príncipe; y que nuevamente consiga hacer venir un dios hacia él. ■



Sin título, Alfredo Zalce. (México)



Recuerdo, Alfredo Zalce. (México)

Edmundo Torrejón Jurado (Tarija, 1945). Médico y escritor boliviano. Es miembro de la Academia Boliviana de Cirugía, del Colegio Internacional de Cirujanos y del PEN CLUB Internacional. Entre otros reconocimientos, obtuvo el Primer Premio en el Concurso Nacional de Poesía, Universidad Autónoma “Tomás Frías”, Potosí, 1977; el Primer Premio en el Concurso Latinoamericano de Poesía “Fundación Givré”, Buenos Aires, 1989; y el Primer Premio – Plaqueta de Oro en el Concurso Internacional de Poesía “40 años de Leonismo en el Uruguay”, Montevideo, 1991. Sus más recientes obras publicadas son *La Duda* (1993), *Complicaciones del megacolon chagásico* (1997) y el poemario *Xanadú* (2001). Fue Presidente de la “Sociedad de Escritores de Bolivia” (1997-2000).